

SABINO DOMÍNGUEZ AGUIRRE

CÓMO MURIÓ EL GENERAL

EMILIANO

ZAPATA

CAUDILLO DEL AGRARISMO



CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO

SABINO DOMÍNGUEZ AGUIRRE

**CÓMO MURIÓ EL GENERAL
EMILIANO
ZAPATA
CAUDILLO DEL AGRARISMO**



CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Pedro Salmerón Sanginés

Director General

Felipe Ávila

Director General Adjunto de Investigación Histórica

Gabriela Cantú

Directora General Adjunta de Difusión de la Historia

SABINO DOMÍNGUEZ AGUIRRE

**CÓMO MURIÓ EL GENERAL
EMILIANO
ZAPATA
CAUDILLO DEL AGRARISMO**

MÉXICO 2019

Portada: Anónimo, *Muerte de Emiliano Zapata*, grabado, ca. 1950.
Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Gráficos. INEHRM.
Primera edición, INEHRM, 2019.

D.R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM)
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-076-2

HECHO EN MÉXICO.

Verídico relato del
general Sabino Domínguez Aguirre,
uno de los tres supervivientes*



* N. del E. El presente texto es una transcripción del original. Los criterios ortográficos de la época han sido actualizados.

Mucho se ha escrito y publicado con relación al asesinato del “Mártir del Agrarismo”, general Emiliano Zapata, pero casi todas estas versiones no proceden directamente de personas que convivieron con el caudillo sus últimos días, sino de escritores más o menos bien informados que tomaron datos de fuentes que les merecieron crédito.

El general Sabino Domínguez Aguirre, autor del relato que a continuación publicamos, es originario de Huitzuco, estado de Guerrero. Inició sus actividades revolucionarias en los primeros meses del año de 1911. Militó en las filas zapatistas durante más de ocho años, llegando a obtener el grado de coronel en el Ejército Libertador del Sur y a ser uno de los hombres de mayor confianza del héroe del agrarismo. Durante los últimos días de marzo y la primera decena de abril de 1919, estuvo con su fuerza formando parte de la gente que acompañó al general Zapata, por lo que se dio cuenta de la abominable traición de Guajardo y de la muerte del caudillo.

A continuación aparece su patético relato, que como todas las narraciones verídicas tiene el sello de la sinceridad y del realismo inconfundible.

LA REDACCIÓN**

** Este texto apareció por primera vez en *Patria*, año X, núm. 102 y 103, pp. 23 a 27, 28 de febrero de 1951.

Siendo, no recuerdo exactamente, si los últimos días del mes de marzo o los primeros de abril de 1919 y encontrándome en mi campamento de la Barranca de los Leones, que queda en la falda del Cerro Frío, en el estado de Morelos; una tarde, como a eso de las 4 o 4:30, me informaron que el general Zapata acababa de llegar de los Volcanes, del campamento de los generales Magaña y Ayaquica en Tochimilco a un paraje que se llama El Paso de Ayala, cerca del Mineral de Huautla, Morelos. Tan pronto como tuve esta noticia, salí con los pocos soldados que me acompañaban hacia dicho lugar, en donde encontré al caudillo.

—¿Qué hubo? ¿Sabino? Sabino —me dijo al verme—. ¿Qué andas haciendo?

—Nada Jefe —le contesté—. Supe que usted había llegado aquí y vine a verlo.

El general Zapata estaba acompañado por unos 8 o 10 hombres, entre los que se encontraba el coronel Palacios, secretario del general y el capitán Salgado, ayudante de Palacios.

Unos soldados estaban sacando miel de abeja de unos cajones con panales que había en dicho paraje. Y el general y sus hombres estaban comiendo tacos de miel. Me invitó a prepararme unos tacos y a tomarlos, lo mismo que a mi gente. Así lo hicimos.

—¿Qué dice Abúndez? —me preguntó. (Se refería al general Benigno Abúndez, mi inmediato superior).

—Nada Jefe —le contesté—. Ya le mandé avisar que usted estaba por aquí.

Y al meterse el sol, ordenó el general Zapata que saliéramos con él, todos, a un paraje que se llama Pozo Colorado, donde fue cuartel general en 1913. Allí dormimos.

Al otro día, al amanecer, me ordenó que saliera con mis hombres a las veredas que van de Los Hornos a San Pablo, para vigilar; indicándome que si alguna persona venía sola, la dejara pasar y si venía un grupo, le hiciera fuego.

Inmediatamente que llegué a las veredas que se mencionan, mandé subir a unos árboles a dos soldados para que vigilaran y los estuve relevando. Pero se acabó el día y no hubo una persona que se presentara por allí. Me regresé al Pozo Colorado, en donde informé al general Zapata que no había pasado nadie. Allí dormimos esa noche.

Al otro día salimos todos rumbo a un paraje que se llama el Limón, cerca de Chinameca, acercándose el general a este lugar, supongo yo, para procurar tener contacto con los mensajeros que pudiera mandar Guajardo. Eran como las tres o cuatro de la tarde y no habiendo alimentos que tomar, unos muchachos llevaban maíz tostado, del cual le invitaron al general Zapata y a todos los demás y sólo eso comimos, aplacando nuestra sed en un ojo de agua que se encontraba por allí.

Tan pronto como supieron todos los jefes que el general Zapata se encontraba por esos rumbos, se le empezaron a incorporar; primero los que se encontraban más cerca, como el general Benigno Abúndez (mi jefe), luego los generales Vicente Aranda, Francisco Alarcón, Pioquinto Gales [Galis], el general Camaño, el general Jorge Méndez (a quien el general Francisco Mendoza mandó en su lugar por encontrarse él enfermo en su campamento de la Piedra Desbarrancada), el general Timoteo Sánchez, el general Adrián Castrejón, el general Zeferino Ortega, los coroneles Alfonso Sámano, Adrián Colino, Francisco Sequeiros y otros muchos generales y jefes que no recuerdo.



Nos reunimos en total como 300 o 400 hombres, pero todos escasos de parque pues la dotación por plaza era de 10 a 12 cartuchos y los jefes un poco más.

Cuando estuvieron reunidos todos, comenzaron a llegar los mensajeros de Guajardo y el general Zapata ordenó al coronel Palacios y al capitán Salgado que marcharan a Chinameca a conferencias con Guajardo sobre su incorporación al Ejército Libertador del Sur. Desde entonces no volvimos a ver a estos dos compañeros, pues no los dejó salir Guajardo de la Hacienda y allí fueron asegurados.

El Jefe Zapata dispuso que toda la gente nos tendiéramos en el filo que está al frente de la Hacienda de Chinameca, hasta el pie del Cerro Prieto. Allí permanecimos varios días, no recuerdo cuántos (pero ya fue en la primera decena de abril) y habiendo reses que matar, estuvimos comiendo carne sin sal, porque no teníamos este elemento, y algunos soldados y jefes se habían enfermado del estómago.

Un día que nos llegó algo de sal y unos picantes, el 8 de abril, ya pudimos tomar carne cocida y caldo, pues en unos botes nos preparamos este alimento.

Al amanecer del día 9, estando presentes los generales Pioquinto Gales y Camaño y otros más tomamos nuestro caldo y carne cocida cerca del Cerro Prieto. Cuando como a las 7 o 7:30, acabando de almorzar, oímos unas descargas de fusilería y entonces les dije a los generales: “¡Caramba, ya le cayeron al jefe, vamos!” Y salimos hacia donde se oyeron las descargas, que fue en un paraje que se llama el Puerto del Desmancornadero, encontrando una cuerda de gente amarrada, que pertenecía al general Victori[a]no Bárcenas. Pero cuando nosotros llegamos ya había comenzado el fusilamiento de estos hombres, porque Victori[a]no Bárcenas con su gente primero habían sido zapatistas y luego se pasaron a las filas del carrancismo y nos andaban persiguiendo. Al llegar yo junto al Jefe Zapata me dijo:



—A ver Sabino, a ti te tocan dos ¿o no quieres porque son de tu estado? (Guerrero).

—No Jefe, lo que usted ordene.

—A ti te tocan dos.

Y como estaban formados y amarrados, me soltaron uno y le disparé por detrás y luego otro y le disparé igual, por traidores. Al general Alarcón le ordenó el general Zapata que les diera el tiro de gracia a todos.

El caudillo montaba ese día un caballo prieto, estaba con la pierna cruzada sobre la cabeza de la silla y retorciéndose el bigote. Llevaba un sombrero de charro, de fieltro, de color plomo.

Siguió el fusilamiento. Eran 60 los que se iban a fusilar. El General Castrejón los recibió de los oficiales con quienes los mandó prisioneros Guajardo, ofreciéndole al general Zapata que después le mandaría a Victoriano Bárcenas. Pero de los 60 no murieron más que 59, pues como los iban soltando, el último quedó suelto y echó a correr; era un hombre chaparrito, afilado, blanquito; se le dispararon muchos tiros, pero no se logró hacer blanco.

Entre los fusilados se encontraba el general Guillermo López, de Tixtla, Gro., el general Margarito Ocampo, de Mexcala, Gro., y otros jefes y oficiales que no recuerdo sus nombres.

Cuando se terminó este fusilamiento, ordenó el general Zapata al general Alarcón que se encargara de darles sepulcro a los muertos en ese mismo punto llamado el Puerto del Desenmancornadero.

Inmediatamente dispuso el General Zapata que saliéramos rumbo a Tepalcingo a encontrar a Guajardo y pasamos por este pueblo continuando hasta Estación Pastor, pero como no parecía, ordenó el General que regresáramos a Tepalcingo, en donde comimos. Como a las 4:30 de la tarde le avisaron al general que ya Guajardo venía en camino, por



lo que él y toda la gente que lo acompañábamos salimos a recibirlo, encontrándolo a medio camino de Estación Pastor y Tepalcingo.

Traía Guajardo como 600 o 700 hombres, todos de caballería, vestidos como zapatistas, tocados con sombreros de tres telas y muy bien parqueados, pues traía cada soldado tres o cuatro carrilleras de parque. Guajardo era un hombre alto, de ojos verdes, bien parecido y llevaba también un sombrero de tres telas. Traían además muchas mulas cargadas con parque y unas ametralladoras.

Al encontrarse el caudillo con Guajardo, éste se puso a las órdenes del primero. El general Zapata le dijo:

—Lo felicito a usted, mi coronel Guajardo. —Y sacando de una de las cantinas de su silla de montar una botella de tequila o mezcal, le ofreció que tomara. Pero Guajardo le dijo:

—Primero usted, mi general.

Y el general Zapata tomó, luego Guajardo y después varios jefes que estaban cerca de ellos.

En ese lugar permanecimos algún tiempo y luego el caudillo ordenó a Guajardo que saliera con su gente a Tepalcingo y a nosotros también.

En Tepalcingo se desensilló y se dio forraje a la caballería y Guajardo le regaló al general Zapata un caballo alazán longano llamado el As de Oros.

Como a las 9 de la noche se fingió enfermo Guajardo, diciendo que le dolía el estómago. Nuestro jefe ordenó que le cocieran una yerba y mandó que se la llevaran o personalmente se la llevó, pero al verlo Guajardo, le dijo que ya se había “compuesto”, que ya se le había quitado el dolor. Y le preguntó al general si no creía conveniente que se fuera a Chinameca para que hiciera la entrega de todos los pertrechos al día siguiente.

—Muy bien, allá me espera —contestó Zapata.



Guajardo se preparó y salió esa noche a Chinameca.

El general Zapata nos dijo a varios de nosotros, comentando la abundancia de pertrechos, que:

—Yo, con estos pertrechos, en dos meses acabo con todos los carrancistas del estado de Morelos.

El general Zapata y toda su gente cenamos en Tepalcingo y esa misma noche salimos rumbo a Chinameca, pernoctando en un paraje que le dicen Los Patos, cerca de dicha hacienda.

Al otro día como de costumbre, al amanecer, se empezaron a prender lumbres para calentar las tortillas que llevábamos para almorzar. Ya habíamos tomado nuestros alimentos, cuando como a las 10 de la mañana, llegaron de 5 a 7 animales cargados con dos cajas de tequila cada uno, que mandaba Guajardo regalar y el general Zapata empezó a repartirlas a los jefes, según la gente que llevaba cada uno.

Poco después de las 11 de la mañana ordenó la salida rumbo a Chinameca, disponiendo que el general Castrejón marchara a la vanguardia y nosotros con el general Zapata detrás de la vanguardia y la demás gente en seguida de nosotros.

Como a eso de las 12 del día entramos al casco de la Hacienda por la puerta que da al camino de Tepalcingo, atravesamos los patios y corrales de esta finca y salimos por la otra puerta en donde había guardias. Allí inmediatamente se presentó Guajardo con el general Zapata.

A la salida de ese portón se encontraba una tienda en la que nuestro jefe y Guajardo entraron y se pararon hasta el extremo del mostrador. No sé qué platicaban.

Pero lo que a mí me extrañaba era que los dependientes de la tienda les daban a todos nuestros jefes y soldados que llegaban allí, grandes copas y vasos de vino, tequila, cerveza, mezcal y toda clase de bebidas embriagantes, por lo que se produjo una gran borrachera.



Y como a mí el general Zapata me tenía mucha confianza, casi ilimitada, yo me quería atrever a interrumpirlo diciéndole que era mala esa borrachera, que a mí no me parecía bien aquello, pero como se encontraba cerca de mí el general Pioquinto Gales y Gil Muñoz Zapata sobrino del caudillo, a ellos les dije que era conveniente que le hablaran al general, para evitar que continuara aquella borrachera de nuestras tropas. Pero ambos me contestaron que yo era el indicado para hablarle, que a mí me tenía mucha confianza. Sin embargo no me atreví, pues pensé que podría interrumpirlo, que estaría tratando cosas de importancia con Guajardo o formando planes para la campaña.

Pasó un rato y la borrachera estaba en su apogeo.

Sería un poco antes de la una de la tarde, cuando, de improviso, se presentó un oficial de Guajardo en donde estaban éste y Zapata y le dijo al primero:

—Mi coronel Guajardo, viene gente.

—¿Por dónde? —preguntó Guajardo.

No oí lo que contestó el oficial porque habló en voz más baja.

Guajardo dijo al general Zapata:

—Si usted cree conveniente, mi general, yo aquí me hago fuerte y usted me sostiene afuera con su gente.

Accedió el general, disponiendo que todas las fuerzas que íbamos con él nos posesionáramos del filo en donde habíamos estado antes, quedándose él, Zapata, con muy pocos hombres 8 o 10, no recuerdo.

Y nosotros, todos, nos fuimos al filo, mirando para Santa Rita, Tepalcingo y San Pablo, porque de allí se dominan todos esos puntos y los demás lugares bajos.

Allá en el filo, el general Gales, otro jefe y yo, como de costumbre, nos pusimos a jugar conquián, pues no se veía enemigo por ninguna parte.

De repente, oímos unas descargas en la hacienda. Nosotros estamos a larga distancia. E inmediatamente las tropas



de Guajardo, posesionadas de la finca y con las ametralladoras emplazadas en las azoteas, desataron un fuerte tiroteo contra nosotros y nos empezaron a combatir y las caballerías salieron a perseguirnos.

Esto es lo que yo presencié y me consta.

Algún tiempo después me refirieron los vecinos de Chinameca, que se dieron cuenta del asesinato del general Zapata, lo siguiente:

Que estando en La Piedra Encimada dicho jefe con muy pocos hombres (como dije antes) Guajardo mandó decirle con uno de sus oficiales que esa gente que le había dicho que venía eran compañeros, que ya estaban rendidos y que el general Zapata se fuera a la hacienda, para que de allí ordenara a sus tropas bajar del filo a comer.

El general Zapata confiando ya en el traidor, que tantas demostraciones de adhesión le había dado, accedió a ir a la Hacienda, acompañado por unos cuantos hombres, entre ellos su asistente Agustín Cortés. Montaba el “As de Oros” que un día antes le obsequiara Guajardo. Se dirigió al portón en donde había guardias dobles y ya casi al llegar tocó el clarín, como para hacerle honores y al presentar armas las guardias, le hicieron fuego, cayendo acribillado en unión de su asistente y no pudieron precisar quienes más.

El caballo, al oír las detonaciones y caer su jinete, dio media vuelta y se fue a nuestras filas.

Nosotros, los que estábamos en el filo, al darnos cuenta del asesinato del general y al ser batidos encarnizadamente por las tropas de Guajardo, bien pertrechadas, parapetadas y en número muy superior a las nuestras, pues repito que nuestros soldados tenían muy poco parque, comprendimos la imposibilidad de rescatar el cadáver del general y con lá-



grimas en los ojos, nos dispersamos, yéndose cada Jefe a su campamento unos a Tepalcingo, otros a Huautla, etcétera.

Pero si nuestro dolor por la pérdida irreparable que acabábamos de sufrir era inmenso, nuestro entusiasmo por defender la causa que nos legara en el Plan de Ayala se acrecentó, y llenos de rabia y de dolor por la inmundada traición, continuamos la lucha con todo nuestro esfuerzo, hasta que en 1920 nos unificamos con el Ejército Nacional, al comprender que el general Obregón sí cumpliría, como cumplió y nos ofreció, con los postulados del Plan por el que luchamos tantos años y que nuestros sacrificios no serían en vano.

Si la dotación y restitución de ejidos a los pueblos se llevó a cabo, fue debido al carácter indómito, a la voluntad inquebrantable y al más puro patriotismo del general Emiliano Zapata, que enarboló la bandera del agrarismo durante 9 años, hasta que la traición segó su existencia.

GRAL. SABINO DOMÍNGUEZ AGUIRRE



SABINO DOMÍNGUEZ AGUIRRE

CÓMO MURIÓ EL GENERAL
EMILIANO
ZAPATA
CAUDILLO DEL AGRARISMO

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.
Se terminó en mayo de 2019 en la Ciudad de México.

El general Sabino Domínguez Aguirre, autor del relato que aquí publicamos, inició sus actividades revolucionarias en los primeros meses del año de 1911. Militó en las filas zapatistas durante más de 8 años, llegando a obtener el grado de coronel en el Ejército Libertador del Sur y a ser uno de los hombres de mayor confianza del héroe del agrarismo. Durante los últimos días de marzo y la primera decena de abril de 1919, estuvo con su fuerza formando parte de la gente que acompañó al general Zapata, por lo que se dio cuenta de la abominable traición de Guajardo y de la muerte del caudillo.

Patria, 28 de febrero de 1951.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



2019
AÑO DEL CAUDILLO DEL SUR
EMILIANO ZAPATA